

Laila Soler

Mili Koey

# Las Rollettes

¡Nos ponemos los patines!



DESTINO

# Las ROLletes

¡Nos ponemos los patines!

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrojuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.  
© del texto: Laia Soler  
© de las ilustraciones: Mili Koev  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: marzo de 2020  
ISBN: 978-84-08-22466-2  
Depósito legal: B. 2.545-2020  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## ¡Una verdadera emergencia!

Visitar el despacho del director no entraba en los planes de Lira.

Había imaginado mil y una veces cómo sería su primer día de instituto, y no empezaba así. Ella y Tania, su mejor amiga —¿ex mejor amiga, en realidad?—, incluso habían hecho un plan para no dejar nada al azar. Ahora Lira observaba aquella hoja sin pestañear, releendo lo que había escrito Tania meses atrás.

*Plan perfecto para el primer día*

6.45 h: ¡Arriba, perezosas!

6.45 - 7.15 h: A la ducha y a vestirse.

(Y sin entretenerse intentando domar los rizos, Lira.)

7.20 - 7.50 h: ¡Desayuno de primer día en El Árbol!

8 h: Llegada al instituto.

(Inicio de clases a las 8.30 h.)

Comprobar si vamos a la misma clase.

¡Correr a por los mejores pupitres!

Apuntarnos a básquet juntas.

Descubrir cuál es la mesa guay en el comedor.

8.30 - 15.45 h: Clase... ¡Puuaj! ☹

15.45 h: ¡A casa! ☺

Lira dobló el papel y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros e ignoró aquella voz que le decía que debería tirarlo a la basura. Pero no se sentía capaz.

Aún no entendía por qué Tania había dejado de responder a sus mensajes a los pocos días de marcharse de vacaciones a la playa con sus padres. Desde entonces, no había sabido nada de ella.

Así que aquel primer día de instituto, Lira no había dormido en casa de Tania como habían previsto, ni había tenido que despertarla arrojándole una almohada, como siempre, ni habían desayunado juntas en *Él Árbol*. En su lugar, Lira se había despertado en casa, con los gritos de su hermana Olivia («¿Ya te quedas dormida el primer día? ¡Pues sí que empezamos bien...!»), se había duchado a toda prisa y había salido corriendo por la puerta, con el pelo aún húmedo, después de engullir

una tostada con aceite y prometerle a su madre que se comería la manzana de camino al instituto.

No, su primer día de instituto no había empezado como lo había imaginado. Había llegado tarde a clase, se había sentado en la única mesa libre y, antes de que llegara la hora del patio, ya había conseguido que la mandaran al despacho del director.

—Seguro que he batido el récord —susurró Lira, y sintió un pinchazo en el estómago al darse cuenta de que estaba hablando sola.

Echaba de menos a Tania. Ella sabría si había batido el récord o no. Siempre tenía la respuesta a esa clase de preguntas: «¿Cuál es la montaña más alta?», «¿Estornudan los pájaros?», «¿Cuál es el récord de la primera visita del curso al director?». Pero Tania no estaba ahí. De hecho, aún no la había visto, y empezaba a preguntarse si habría decidido cambiarse de instituto sin avisarla.

Estaba sola en aquel pasillo largo en el que únicamente se oían las teclas de los ordenadores de secretaría. La puerta del despacho seguía cerrada; le habían dicho que esperara, pero si el director no salía en cinco minutos, Lira se marcharía. Además, ella solo se había defendido. Era injusto que el estúpido ese —ni siquiera recordaba su nombre— se hubiera librado.

En aquel instante, la puerta se abrió y tras ella se asomó un hombre mayor con bigote espeso y lleno de canas. «Ese pelo le quedaría mejor en la cabeza», pensó Lira, con los ojos clavados en las pronunciadas entradas.

—¿Lira Duarte?

—Yo no he hecho nada —respondió al oír su nombre. Se puso de pie y se acercó a la puerta, que el director acababa de abrir de par en par.

—Estoy seguro de ello —dijo él, poniendo los ojos en blanco en cuanto cerró la puerta—. Me llamo Samuel, por cierto. Veo que eres de primero. Bienvenida a nuestro centro. Siéntate.

Le señaló las butacas amarillas y él se sentó tras una mesa de madera tan grande como diez de los pupitres de la clase de Lira. Apoyó los codos en la mesa para observar a la muchacha sin parpadear. Ella se removió inquieta en la butaca.

—Es verdad, no he hecho nada. —Lira intentó sonar segura.

—Me han dicho que has insultado a uno de tus compañeros.

Lira se mordió el labio y esperó unos segundos antes de responder. Tenía que meditar bien sus palabras.

—Me estaba defendiendo.

—Me han dicho que le has llamado «idiota» delante de toda la clase.

—Él me ha insultado primero —le explicó. Sabía que el director iba a responderle que eso no era excusa, porque era lo que le repetían los adultos cada dos por tres, así que se apresuró a añadir—: Me ha llamado «cara de pan».

—¿Ah, sí?

Lira apretó los labios. Tenía doce años, aún le quedaba mucho para empezar a tener problemas de sordera.

—Pues sí. He pasado junto a su mesa al volver del lavabo, y lo ha soltado. Yo solo le he dicho que se callara, no habría hecho nada más si no se hubiera reído y empezado a hacer gestos de comer bollos.

Lira tenía la cara redonda como una hogaza de pan de pueblo. Esto era una realidad incuestionable, como que el cielo es azul o que los mosquitos pican. Ella lo sabía, y sabía que si la tuviera demasiado larga la llamarían «cara de caballo» o «cara de pera». En su colegio todo el mundo tenía un mote, incluso los populares, y nadie sabía quién los inventaba. Simplemente se esparcían.

—¿Y...?

—¡Ah! —Lira interrumpió al director—. Y me ha llamado «cegata». Y se ha metido con mis gafas.



Se las recolocó sobre la nariz en un gesto inconsciente. Las había estrenado hacía un par de semanas. A Olivia le hacían gracia y a su madre le horrorizaban, pero Lira se había enamorado de ellas en la tienda y no dejó que nadie la hiciera cambiar de opinión. Le encantaba que los cristales fueran grandes y, sobre todo, el amarillo reluciente de la montura de pasta.

Samuel se atusó el bigote y, con el ceño fruncido, dijo:

—Aun así, en este instituto no toleramos ninguna falta de respeto.

—¡Él ha criticado mi físico, y ni me conoce! ¡Yo solo lo he llamado «idiota»! —se sulfuró Lira, a quien no le pasó desapercibido el modo en que el director frunció el ceño al oír eso último—. ¿Por qué yo estoy aquí y él en clase, tan feliz?

Al director no le dio tiempo a responder. Se oyeron unas voces acercándose por el pasillo, cada vez más y más altas, hasta que la puerta se abrió. Lira solo acertó a ver una melena lisa y oscura antes de que entrara Dolores, la mujer de secretaría que la había mandado esperar frente a la puerta del despacho. Agarró la puerta con una mano y la otra en el marco para evitar que entrara quien fuera que estuviera detrás de ella, y a quien Lira no podía ver desde donde estaba.

—Lo siento, no sé qué les pasa hoy a las alumnas de primero —gruñó Dolores. Una mano pequeña y morena asomó por encima de su cabeza; Lira y el director se quedaron observando la escena, igual de petrificados, hasta que una voz chillona sonó al otro lado de la puerta.

—¡Quiero... director... vergüenza!

—¡Ya te he dicho que está reunido! —gritó Dolores, mirando hacia atrás, al tiempo que pegaba un taconazo malhumorado.

El forcejeo cesó y, tres segundos más tarde, una cabeza apareció entre las piernas de Dolores, seguida de una sudadera violeta y unos pantalones de chándal negros.

Se trataba de una chica de tez morena, ojos grandes y rasgados tan negros como su melena, lisa y abundante. Se cruzó de brazos y miró al director.

—Es alumna de... —empezó a decir Dolores, dejando caer los brazos a los lados, derrotada.

—Soy Jimena, voy a 1º B —se presentó ella. Hablaba con un ligero acento que Lira no supo identificar.

—¡Yo a 1º A! —se le escapó a Lira.

—¿La tutoría está siendo tan aburrida como en nuestra clase?

Lira sonrió, pero antes de que tuviera tiempo a responder, el director soltó un resoplido y dijo:

—¿Qué os dan de desayunar en casa? ¡Es el primer día de instituto y aún no son ni las once de la mañana...! ¡Deberíais estar las dos en clase!

—Yo estaba en clase —intervino Lira—. De hecho, no tengo problema en marcharme.

Samuel dibujó una sonrisa:

—Buen intento, pero no. Quédate un momento —ordenó, haciendo un gesto con la mano. Luego, se dirigió a la otra alumna—: ¿Hay algún problema en clase, Jimena?

—¡Claro que hay un problema! —respondió ella, alzando los brazos mientras avanzaba hacia el director. Se cruzó de brazos delante de él, pero en lugar de hablarle, se dirigió a Lira—: ¿Has visto las extraescolares deportivas?

Lira negó con la cabeza.

—La tutora aún no nos ha dado la circular.

—Yo te ahorro tiempo, no te preocupes: fútbol, básquet y hándbol. Nada más. ¡Ni artes marciales ni gimnasia rítmica ni danza ni nada que no tenga que ver con balones!

Samuel deslizó la vista hacia Dolores, que levantó las manos al cielo. «Yo me rindo», parecía decir la mujer. Giró sobre sus tacones y desapareció. Aquello no iba con ella.

Samuel observó a las chicas sin saber por dónde empezar. Finalmente, suspiró y se dirigió a Lira:

—Esta vez no habrá castigo, pero que no vuelva a repetirse. Si oyes algo fuera de lugar, se lo dices a un profesor, que para eso están, ¿de acuerdo? Puedes irte a clase.

—Prefiero quedarme —dijo, y echó un vistazo rápido a Jimena antes de seguir—. Este tema me interesa. ¿Es verdad lo que ha dicho?

El director meneó la cabeza, agobiado, y suspiró.



—¿Quién es tu tutora? —le preguntó a Jimena.

—Margarita —respondió ella, con tono reticente—. Pero no hace falta que la molestes. Total, iba a mandarme aquí. Estaba llamando a secretaria por el interfono cuando he salido. No podía esperar a la hora del patio. Esto es una verdadera emergencia.

—Creo que tenemos conceptos muy diferentes acerca de lo que es una emergencia —respondió el director—. ¿Cuál es el problema exactamente?

—Ya lo he dicho, solo hay tres deportes y...

—¿Y no son los que *a ti* te gustaría? —preguntó Samuel, con un tinte burlón en la voz que no le pasó por alto a ninguna de las dos chicas—. El mundo no está hecho a medida de uno, ya tenéis edad de ir aprendiéndolo.

Jimena enrojeció y bajó la mirada hacia la mesa.

—A mí tampoco me parece bien —dijo Lira, de pronto.

Y aunque lo hacía más por defender a Jimena que por ella misma, no decía ninguna mentira: se había pasado todo el curso anterior decidiendo con Tania qué deporte harían en el instituto. Ahí podían ser quienes quisieran ser, podían convertirse en personas completamente nuevas. Tania se lo advirtió a Lira muchas veces:

no es lo mismo apuntarse a fútbol que a ajedrez. «Y me da igual que te guste, Lira; es un juego de empollones», remataba. Después de muchas listas, vieron que el básquet era la mejor opción. En realidad, fue idea de Tania, pero a Lira no le pareció mal.

Pero ahora que tenía las tres alternativas delante, ninguna le atraía lo más mínimo, y mucho menos si una de ellas incluía compartir equipo con Tania.

—Las extraescolares no son obligatorias —masculló Samuel, y le echó una mirada a su reloj sin disimulo alguno—. Si eso es todo...

—¡No! —lo detuvo Lira—. No se trata de que sea obligatorio o no, es cuestión de justicia: todos deberíamos tener oportunidad de hacer deporte. Se supone que es importante para la salud y esas cosas, ¿no? No es justo que solo haya deportes de pelota. ¿Y si no nos gustan, qué?

—Podéis apuntaros a Arte —les ofreció él, con una sonrisa cada vez más nerviosa.

—Eso no es un deporte —rebatía Jimena, enfadada—. Yo quiero hacer deporte. Quiero... Propongo —se corrigió— un grupo de *ballet*. En el instituto no hay ningún grupo de baile, y bailar...

La risa brusca de Samuel la interrumpió.

—Lo siento, Jimena, pero esto no es una película. ¿Creías que si venías aquí, cuando deberías estar en clase, para exigir nada menos que un club de *ballet*, yo iba a decirte que sí, sin más? ¿De verdad?

A Jimena le bastaba ver la sonrisa torcida del director para saber que en realidad él ya tenía la respuesta y no quería otra. Se mordió el labio inferior, pero a Samuel no le dio tiempo a seguir ensañándose. Lira lo interrumpió:

—¿Y por qué no?

Samuel levantó las cejas y se acomodó en el sillón antes de responder:

—Porque no depende de mí, para empezar. Ofrecer una nueva actividad extraescolar depende de los presupuestos, y eso es cosa de la Asociación de Familias.

—Entonces, iremos a hablar con ellos —convino Lira, con una decisión que se quebró a los pocos segundos. Miró a Jimena, dubitativa, y al no encontrar reacción en ella, musitó—: ¿Con quién tenemos que hablar, exactamente?

Samuel se rascó la barba y volvió a menear la cabeza de lado a lado, como había hecho antes, pero no dijo nada. Jimena puso los ojos en blanco.

—Solo necesitamos saber con quién tenemos que

hablar —dijo, incapaz de contener el tono impaciente. Los mayores siempre complicaban las cosas—. Seguro que hay una reunión informativa de inicio de curso. Podemos ir y explicarles por qué necesitamos un grupo de *ballet* en el...

Jimena calló en cuanto vio que el director hundía la cara en las manos. Qué teatralidad, pensó ella, mientras esperaba a que reaccionara. Lira los observaba a los dos, sin saber si debía decir algo.

—Se lo propondré —dijo él finalmente, arrastrando las palabras—. Si me prometéis que es la última vez que venís a verme este curso —dijo, dirigiendo la mirada de una a otra—, les pediré que inviertan parte del presupuesto en una nueva extraescolar.

¡¿Lo habían conseguido?! ¿Así de fácil? Jimena no podía creérselo. Pegó tal bote en su asiento que Lira se sobresaltó, y su gesto de sorpresa se transformó en una risa alegre. ¡Lo habían conseguido!

—¡Lo prometemos! —gritó Jimena, que estaba agarrando a Lira del brazo para marcharse de ahí antes de que el director cambiara de idea.

—Muchas gra...

El director interrumpió a Lira con una sonrisa estri-dente.



—Pero —dijo, y esperó a que las sonrisas de las chicas se borraran completamente de sus rostros antes de proseguir—. ... no será un club de *ballet*.

Lira le pegó un tirón a Jimena para evitar que respondiera. Jimena se tragó el enfado y apretó los labios.

—¿Por qué no? —preguntó Lira.

—Porque abrir un club de *ballet* solo porque tú lo quieras no sería ni justo ni inteligente. Si tenemos los equipos que tenemos es porque son los que tienen más demanda. ¿Queréis un club de *ballet*? Demostrad que os sobrarán bailarinas —dijo y dibujó una mueca escéptica—. Si la Asociación de Familias da su aprobación, abriremos un término de recogida de firmas, tanto para vuestro club de *ballet* como para las propuestas de vuestros compañeros. Después, elegiremos la más votada. ¿Os parece bien?

Era una pregunta retórica, y por eso ninguna de las dos chicas respondió. Aquella era la última oferta del director.

Jimena agachó la cabeza. Sabía que tenía razón. Aun así, ella había sido la única con las suficientes agallas para hacer algo al respecto. También era injusto que se quedara como al principio.

—Pero puedo proponer un club de *ballet*, ¿verdad?

Samuel se echó hacia atrás y levantó las cejas, sarcástico.

Ahora ya era evidente lo que opinaba de la idea de Jimena. No necesitaba decir nada para que las dos chicas lo supieran. Sin embargo, quiso regodearse, y con tono condescendiente y los ojos clavados en Jimena, dijo:

—Puedes proponer lo que tú quieras. Otra cosa es que consigas que alguien firme a favor.

